

colección rúbrica



MARIETA ALONSO MÁS

• • • •

UN AÑO EN EDIMBURGO

esstudio
ediciones

*A mi hermana,
apoyo y compañía*

1944
Diciembre

Todo comenzó un frío y húmedo martes a primera hora de la mañana. Sean había llevado a Charlotte, la pequeña de las gemelas, la última en nacer, algo más débil que la mayor, a la consulta del viejo y querido doctor Cronin, el que llegó al barrio recién graduado y desde entonces era el médico de cabecera de tres generaciones de la familia McLean. El consultorio se encontraba a un kilómetro escaso de la casa.

La fiebre alta no dejó dormir a Charlotte, tampoco a sus padres. Lloraba y se apretaba con las manitas detrás de las orejas con un gesto como si le dolieran los oídos. Había que llevarla al médico.

Marina, en cambio, durmió de un tirón toda la noche y ahora se hallaba gorjeando en su cuna, tras haberse tomado el biberón, y no dejaba de destaparse de tanto mover los pies.

La estuvo contemplando un segundo. Preciosa, idéntica a su hermana, eran como dos manojos de lilas blancas simbolizando la inocencia.

Miró a su alrededor. Las almohadas caídas en el suelo junto a un libro parecían querer esconderse debajo

de la cama, el armario abierto de par en par mostraba un extraño desorden. Resoplando se puso a recoger la habitación, anhelaba dejarla ordenada. En un santiamén tendió las sábanas y puso la colcha en la cama de matrimonio; a los pañales lavados la noche anterior, los estiró y dobló.

Luego sacó del altillo su maltrecha maleta granate, ya era hora de cambiarla por otra, la vez se le notaba demasiado, pero eso qué importancia tenía, si cada rasguño era un recuerdo. Se la regalaron sus padres cuando se vinieron a Edimburgo. Acarició el raspón del lateral, imposible desprenderse de su querida valija testigo de tantas idas y venidas.

«Venga, Elizabeth, ánimo, debes preparar el equipaje». Y mirándose al espejo, se echó el pelo hacia atrás.

Un vaquero, mejor dos, tres camisetas, no mejor siete, un jersey... ¿Qué llevar? No estaba claro el tiempo que iban a estar fuera.

Pero si... una intensa sensación de peligro la asediaba desde la pasada noche. Sean abrazado a ella le pidió que se fuera a Torquay, sus padres eran muy mayores y... antes de que terminara la frase, ella preguntó: ¿Qué sucede? No se atrevió a mirarla a los ojos al explicarle que era necesario pasar allí una corta temporada hasta que él pudiera reunirse con ellos y decidieran donde marchar.

Pero si... la casa de Katherine estaba cerca, susurró. Sean fue tajante: distancia, había que poner distancia, mientras más lejos mejor. En cuanto él regresara del

médico, y llegara Ian —a través del espejo vio que el camión lo llevaba puesto al revés, y con un suspiro se lo volvió a colocar, esta vez al derecho— saldrían para la estación de trenes. Ten confianza en mí.

Pero si... confiaba. A pesar de no saber qué era lo que estaba sucediendo. Vaya sorpresa que les iba a dar a sus padres al verla llegar, sola y con las niñas. Sean no quiso enviarles un telegrama. Tampoco quiso que hablara con su hermana. Por carta, mejor por carta.

—No se te ocurra abrirle la puerta a nadie, no hables con ningún vecino, no hagas mucho ruido —suplicó poniéndole un dedo en los labios en señal de que guardara silencio.

La última vez que le había ocultado algo a su hermana fue con quince años, en aquella ocasión en que le habló de una película como si la hubiera visto en el cine y estaba en un parque con un compañero de clase saboreando el primer beso. Y ahora se iba a marchar de esta manera, como si lo hiciera por la puerta de atrás, sin despedirse, como una ladronzuela de poca monta. Esto no era normal. Recordó la llegada a Edimburgo, la búsqueda de trabajo y vivienda. Siempre juntos hasta que se casó con Sean.

En una bolsa colocó la ropa para las pequeñas, pijamas con dibujos de ositos, pañales hechos por ella de diversos tejidos, biberones con leche y agua para el viaje, las tetinas que nunca se encontraban cuando se las necesitaba las guardó en uno de los bolsillos interiores.

Miró a la redonda, le satisfizo el orden y se fue hacia la cocina, buscó la escoba y el recogedor, a las migas de pan les gustaba más estar en el suelo que en la mesa. Abrió la ventana y los gorriones entraron a picotear, era un ritual cada mañana, cada vez tenía que hacer más ruido para que se fueran, hasta se quedaban en la pileta a beber sorbitos de agua. Caraduras. Ella llamaba gorrión a cualquier alado que invadiera su cocina, y Sean le hacía ver las diferencias entre unos y otros.

Se acercó al fregadero repleto de platos, vasos, cubiertos, tazas, lo utilizado en la cena y en el desayuno. Se dispuso a fregar. ¡Qué hartura de guerra! Soñaba con una vida sosegada, que el lidiar de las horas no fuera tan angustioso, que se pudiera disfrutar de un día sin sirenas ni bombas, verse en un fin de semana recogiendo setas y acostada junto a Sean sobre la hierba mirando desplazarse las nubes por un cielo azul claro transparente, como si lo hicieran a cámara lenta, mientras las niñas dormitaban a pierna suelta, iluminadas por unos tenues rayos de sol.

Entonces creyó oír y sentir una suave respiración a su espalda. Nunca llegó a darse la vuelta. El reloj marcaba las ocho y treinta y dos minutos de la mañana.

• • • •

La lluvia fina, persistente, iba cayendo sobre los tejados oscuros, sobre los árboles casi sin hojas, sobre las estrechas aceras de aquella calle sin salida, en la que solo de vez en

cuando, algún peatón con la cabeza gacha, su sombrero calado hasta las orejas, su gabardina cruzada, con prisas para llegar al trabajo, osaba salir con aquel tiempo que llevaba una semana sin dar tregua. Solo las gotas al caer quebraban el silencio dando ese toque de melancólica monotonía.

Por la esquina apareció un hombre cuyo aspecto llamaba la atención por lo alto, delgado, y por su andar aristocrático. Entró en el edificio sin dar muestras de interés por lo que le rodeaba. Subió con calma los seis peldaños hasta la primera planta, el olor a tostadas pasó por su lado, el de mermelada de naranja amarga le siguió, en el rellano buscó la primera puerta a su izquierda que se diferenciaba de las demás por unas letras grandes verdes en la alfombrilla: *Welcome*.

Y sin hacer ningún ruido con la ayuda de una gan-zúa —la llevaba en un estuche colgado de las trabillas del pantalón— abrió sin dificultad. Entró despacio, entornó la puerta y pegado a la pared puso un silenciador al arma. Sonrió, le gustaba que las cosas salieran bien y disfrutaba con los preliminares.

Un sonido de cascabeles le alarmó. No era nada importante. Un sonajero haciendo música. El correr del agua le llevó despacio hacia la cocina. Vio a la mujer que se encontraba fregando de espaldas a él, apuntó con serenidad y disparó. Misión cumplida. Ni siquiera pestañeó.

La bala entró por la nuca, lo que dio lugar a que la víctima se desplomase hacia delante sobre la pila quedando su mejilla derecha al lado del grifo abierto. Poco a poco

el cuerpo se fue deslizando hasta caer al suelo. El escorzo de aquel talle hizo que encontrase cierta belleza en la escena. Claro que su gusto nunca había sido del agrado de muchos. ¡Qué fácil era matar! Y recordó que el nudo de la corbata lo llevaba algo torcido.

Con la mano enguantada cerró con cuidado la llave del agua, ni se molestó en volver a mirar el resultado de su acción, recorrió el apartamento registrando cajones, armarios, estantes, a la vez que iba tirando al suelo lo que no era de su interés. Encontró en la parte alta de uno de los armarios una agenda que, tras revisarla, colocó en el bolsillo interior de su elegante abrigo y una maleta negra cuadrada conteniendo un radio transmisor. Con ella en la mano, entró en el dormitorio, se quedó durante breves minutos observando las dos cunas, una desierta, la otra ocupada. Posó sus penetrantes ojos de un azul acerado en la niña que le sonreía y le tiraba los brazos. Ignoró la petición infantil. Se dio la vuelta. Al salir cerró con suavidad la puerta, miró hacia el apartamento de al lado y una cruel sonrisa se reflejó en sus finos labios. Bajó los escalones que le llevaban a la calle, observó su reloj: las ocho y cincuenta minutos de la mañana. Desapareció.

• • • •

Con la niña dormida en brazos se percató de unas pisadas de agua que llegaban hasta la puerta de su casa. Eran huellas de zapatos de hombre, de al menos tres, que se

amontonaban unas sobre otras. Las suelas eran diferentes en tamaño y diseño. Respiró en profundidad y con mano temblorosa dio una vuelta a la llave. La puerta fue abriéndose lentamente.

Miró hacia la cocina, y vio con horror a su mujer tendida en el suelo. A duras penas pudo atajar el alarido que pugnaba por salir de su garganta, respiró profundo con la boca abierta, se ahogaba, sintió que las piernas le flaqueaban, notó el desorden, miró al suelo, estaba pisando un regato de sangre. ¡Dios! Intentó agacharse, Charlotte dio un respingo, y mientras le daba palmaditas en la espalda, logró ponerse en cuclillas y tocar el cuello de su mujer. Ya era demasiado tarde. Percibió como si la presencia del mal estuviera muy cerca. ¿El asesino? ¡Marina! Se dirigió al dormitorio. No estaba en su cuna.

Quedó paralizado. La razón le instaba a que saliera de allí inmediatamente. El corazón le suplicaba no abandonar a su mujer, ni a su niña. «Ya no hay nada que hacer, corre, martilleaba una voz en su interior». «Ha sido mi culpa. Perdóname, Beth, perdóname, Marina». De nuevo aquella voz metálica, estridente: «Intenta salvar a Charlotte. Intenta salvarte tú. Corre».

Una fuerza invisible le empujaba a echar a andar. Al pasar por el salón contempló por un instante la foto de Elizabeth vestida de novia, con el rostro resplandeciente, confiado, dirigido hacia él. Fue tomada tres años antes, en la ceremonia de su boda. Te he fallado, amor mío, te he fallado. ¡Qué injusticia! Elizabeth habría podido